



la cual sale mortalmente herido por el mismo Elio el jefe de los conjurados, el coronel Vidal, y los demas caen presos y muy malparados. Aunque la ley estaba terminante y los casos anteriores no permitian esperar conmiseracion, doce de éstos infortunados fueron juzgados, sentenciados y fusilados por la espalda con una brevedad y un menosprecio de las formas judiciales de que ofrece pocos ejemplos la historia. La ferocidad llegó al extremo de llevar moribundo al caudillo á la horca y colgarlo en los momentos de la agonía. ¡La camarilla encomió la crueldad expeditiva de Elio; la córte le premió; y él de esta suerte alentado, pasó la causa al Santo Oficio, receloso de la benignidad de los tribunales ordinarios! ¡Ciento diez y nueve personas fueron entregadas á este tribunal aborrecido, y la mayor parte sufrieron horribles torturas!

¡Debió esperarse que la sangre ahogase las

ideas y las aspiraciones de libertad? En los cinco años de absolutismo habian estallado cinco conspiraciones: el año 14, la de Mina; el 15, la de Porlier; el 16, la de Richard; el 17 la de Lacy; el 18, la de Vidal. Esto prueba si las ideas liberales habian hecho partidarios durante el período constituyente de las Córtes de Cádiz. Preciso era estar ciego por la venganza para desconocer que aquel sendero conducia rápidamente á la ruina del régimen que lo autorizaba, y aquellas víctimas llamarian otras. El Empeinado osó decirselo al rey en una exposicion, y le respondió con el destierro. El mismo Escoizquiz quiso advertirle que el germen de las rebeliones no se destruiria sino con prudentes y saludables reformas y con la templanza, y tambien fué despedido de la Córte, y desterrado á Andalucía.

Así se preparó y justificó la revolucion de 1820.

Pocas épocas en la historia prueban tanto como la de 1814 á 1820 que las ideas no se encierran en los calabozos ni se matan con las bayonetas; que se propagan y florecen al fin con la sangre de sus mismos mártires. Es imposible una dominacion más suspicaz, más violenta, más rigurosa que aquella; y, sin embargo, las conspiraciones se suceden atándose una en otra, y sobre cada víctima que se inmola parece que vienen á cruzarse mil brazos para ofrecer á sus manes el juramento de lidiar y morir por la misma causa. ¿Cómo no receló Fernando que no siempre habria un traidor en medio de tantas almas generosas, ó que la fortuna pudiese proteger una vez sus secretas maquinaciones? Una vez las protegió al fin, y esa vez triunfaron de él.

A pesar de la poca suerte de Morillo, el gobierno, obstinado en su propósito de someter las Américas, preparó una grande expedicion, que debia partir á las órdenes del conde del Abisbal. Para estimular á los oficiales, ofreció un grado más á cuantos hiciesen parte de ella; pero este galardón anticipado sirvió sólo para exagerar los peligros, y para indisponer más á los soldados, á quienes nada se ofrecia. Se cometió además la imprudencia de concentrar en Cádiz y sus alrededores las tropas mucho an-

tes de que estuviesen preparados los barcos que debian trasportarlas, pues los conspiradores tuvieron en su ociosidad y en su número más facilidad para promover el espíritu de insurreccion que las animaba.

Ya no fueron los proyectos de conspiracion aislados á una provincia, como sucedia hasta aquí, sino generales, y obra, no de algunos individuos, sino de un número considerable, unidos por ciertas fórmulas y juramentos en sociedad secreta. Siempre han apelado los hombres al misterio y á las sombras cuando se les ha vedado reunirse y comunicarse en público. La tiranía oriental nada pudo contra esta tendencia natural del hombre; y los conciliábulos contra los poderes existentes ó las ideas reinantes se han sucedido constantemente, pasando de los egipcios á los griegos, de éstos á los romanos, y de ellos á la moderna Europa. De todas las sociedades secretas que nos legaron los tiempos antiguos la *francmasoneria*, la más antigua de todas, es la que, ó por sus fines ó por su organizacion, más se ha generalizado. Los nuevos estatutos, no ha mucho publicados por la dieta masónica de Francia, dan de ellos esta definicion: «El orden de los francmasones tiene por objeto el ejercicio de la beneficencia, el estudio de la moral universal, de las ciencias

CAPÍTULO XLI

Revolucion de 1820 y 1821.



y las artes, y la práctica de todas las virtudes.» Y el artículo 2.º añade: «Se compone de «hombres libres,» que, sometidos á las leyes, se reúnen en sociedades constituidas según los estatutos generales.» Su organización es, á pesar de fines tan filantrópicos y fraternales, sobrado gerárquica: hay en ella «aprendices, compañeros y maestros;» hay entre sí ciertas distinciones, que sujetan á unos detrás de otros; hay «logias y capítulos,» ó sea pequeños círculos de asociados, dependientes de un «grande Oriente,» presidido por un «gran maestro, representante del grande Arquitecto del Universo,» cuyas órdenes es preciso obedecer ciegamente; tienen además frases y términos simbólicos como la *escuadra*, la *regla* y el *compás*; la *acompañía*, en fin, cierto misterio muy á propósito para ganarle prosélitos y rodearla de prestigio. En España se introdujo á principios del siglo, se propagó con la invasión francesa, y á pesar de la vigilancia de las autoridades y las persecuciones de la Inquisición, se extendió extraordinariamente. Sin duda por esto mismo tomó el color político con que entre nosotros ha sido siempre conocida, hasta el punto de ser el nombre de mason sinónimo de liberal. Los liberales, en efecto, encontrando en la francmasonería la organización que necesitaban, y erigido el secreto en principio religioso, corrieron á ella como á un asilo contra el rigor y la ruina de las persecuciones, y desde el cual podían combatir mejor á sus enemigos.

El ejército fué la clase por donde más se propagó, porque desde el momento en que las representaciones y otros medios legales para contener la reacción fueron inútiles, se hizo necesario apelar á la fuerza física. Por encerrar más elementos de descontento, el ejército expedicionario fué objeto predilecto de los conspiradores, y contaban á tal punto con él, que el mismo general en jefe estaba á la cabeza de los trabajos revolucionarios. Pero el conde del Abisbal era más hombre de afectos que de convicciones. Cuéntase que á la venida del rey envió á cumplimentarle un oficial de su confianza con dos representaciones en opuesto sentido político, con encargo de que le entregase la que estuviese más de acuerdo con las intenciones de

S. M. ó con las circunstancias. En esta ocasión, después de haber él fomentado la insurrección con la mayor imprudencia, se volvió brusca-mente á los absolutistas, y una mañana, la del 19 de Julio de 1819, se presentó delante de la división acampada en el palacio del Puerto de Santa María, y mandó arrestados á distintos puntos á los jefes de todos los batallones y escuadrones, á quienes poco antes daba órdenes como conjurado. En agradecimiento, el gobierno le concedió la gran cruz de Carlos III; pero justamente receloso de una fidelidad tan caprichosa, le quitó el mando del ejército y le nombró capitán general de Andalucía con el mando político y la presidencia de la audiencia de Sevilla.

Fatal fué para los conspiradores este golpe; pero pudo serlo más, pues en vez de disolver todo el ejército ó mudar á los oficiales pasándolos al ménos de unos cuerpos á otros, se limitó á separar á éstos. Aumentó la imprudencia nombrando, en lugar de Abisbal, al conde de Calderón, anciano sin la experiencia y el tacto necesario para el puesto que se le confiaba. Dió de ello la mayor prueba al invadir la fiebre amarilla con sus ordinarios estragos á Cádiz y la costa vecina, porque en vez de alejar todos los cuerpos conservando ó aumentando su separación, los concentró de nuevo en las inmediaciones de Alcalá de los Gazules, en el campo de las Correderas. Reunidos tan inesperadamente los revolucionarios, anularon los lazos que la distancia había aflojado, y trataron de precipitar la resolución de sus planes, no sólo ya por el interés de la patria, si que también por el de sus compañeros de armas, cuya suerte parecía hartamente siniestra. La desaparición de la fiebre y la orden de levantar el campamento, situándose los regimientos á cierta distancia unos de otros, fué la señal para esta insurrección afortunada, que abrió en nuestra historia una nueva época; la época de las revoluciones, tal como se comprenden generalmente, pues la revolución de las ideas estaba anunciada desde el reinado de Carlos III.

El día 1.º de Enero de 1820, el comandante del batallón de Asturias, acantonado en el pueblo de las Cabezas de San Juan, forma sus sol-



dados, les arenga y da el primero al frente de bandera el grito de *Viva la Constitución de 1812*, al que todos contestaron entusiasmados. En seguida se dirige á los Arcos, residencia del general en jefe; lo prende incorporándose el batallón que tenía para su guardia; va al encuentro del de Sevilla, que se había pronunciado al mismo tiempo en Villamartin, y el mismo día 2 se le junta el de Aragón. Aquel comandante tuvo uno de los nombres más populares de nuestra historia desde entonces; se llamaba D. Rafael del Riego.

Entre tanto el coronel Quiroga, destinado por los conspiradores por su mayor graduación para ponerse al frente del movimiento, y que por esto había sido desterrado por Abisbal, salía del convento de Alcalá de los Gazules, donde estaba encerrado, y al frente de los batallones de España y la Corona proclamaba también la Constitución. Marchó prontamente sobre la isla Gaditana, y llegó á tiempo de apoderarse del puente de Snago, pero el gobernador de Cádiz pudo evitar que la plaza secundase el grito, é hizo ocupar con tropas fieles la cortadura para impedir el paso á los sublevados. A éstos se juntaron en la mañana del 7 los de Riego, formando un total de siete batallones con sólo cinco mil hombres. ¿Qué era de los demás jefes comprometidos? En el momento de obrar, dudaron y temieron, y en vez de correr á juntarse con sus compañeros, se alejaron de ellos para desvanecer toda sospecha. Sólo Riego y Quiroga fueron fieles al juramento con que se habían ligado.

Riego era natural de Asturias, de familia noble y de mediana fortuna. Administrador su padre de los correos de Oviedo, pudo cursar algunos años en aquella universidad. Dejó empeño las letras para seguir la milicia, entrando en 1807 en el cuerpo de los guardias de corps. Bastó esto para que la junta del Principado, al sublevarse éste al año siguiente, y encontrándose él en el país, lo nombrase capitán en el ejército que se puso á las órdenes de Acevedo. Un hecho de esta campaña caracteriza su condición moral. Después de la derrota de Espinosa, disperso nuestro ejército, se veía á su general caminando en un carro malamente herido.

do. Los enemigos, divididos en pequeños cuerpos, perseguían á los fugitivos, y éstos, llenos de pavor, se separaban unos de otros para mejor salvarse. La autoridad y la desgracia del general apenas retuvieron á su lado algunos soldados; todos le abandonaron; sólo Riego permaneció constantemente á su lado hasta que los franceses los atajaron: entonces sólo su espada se desenvainó también para defender al general moribundo. Conducido Riego á Francia prisionero, pasó los ocios del destierro, aprendiendo el francés, el inglés, el italiano, é instruyéndose en varios ramos científicos, sin olvidar el arte de la guerra. Estos conocimientos le valieron, al regresar á España por la paz general, un puesto en el cuerpo de Estado Mayor. Al ejército expedicionario había ido en calidad de ayudante de la plana mayor, y por efecto del grado general se hallaba de comandante. Tenía entonces treinta y siete años.

Quiroga tenía la misma edad. Era hijo de una familia muy considerada de Galicia. Principió su carrera militar en la marina; pero impaciente en 1808 por venir á las manos con los franceses, la dejó para entrar en el ejército de tierra. A su valor debió un ascenso gradual hasta que, por ingresar en el ejército expedicionario recibió el empleo de coronel.

Pero ni uno ni otro eran, como veremos, los más á propósito para conducir aquella revolución á grandes fines. Viendo que no les era fácil entrar en Cádiz y que los demás cuerpos no se les incorporaban, se organizaron y posicionaron lo mejor que pudieron al amparo de las fortificaciones de la Isla, y determinaron esperar, confiados en que la noticia de su levantamiento bastaría para sublevar á toda la nación. En esta expectativa corrieron, sin embargo, veinticinco días, al cabo de los cuales nada habían perdido, es verdad, mas tampoco ganado en las salidas que hicieron, pues la ocupación por sorpresa del arsenal de la Carraca no podía mejorar su crítica situación, expuestos á quedar en breve entre dos fuegos. En revolución, la audacia y la actividad deciden ordinariamente el triunfo; es preciso desconcertar al enemigo, sorprenderle siempre; no dejar apagar el entusiasmo de uno ni dar tiempo á la



reflexion en otros. Quiroga y Riego conocieron al fin que algunos dias más de inaccion podian serles funestos, y determinaron no abandonar la fuerte posicion que ocupaban, y mandar una columna á promover la insurreccion del país, atraerse así otros cuerpos indecisos y adquirir víveres y fondos.

Riego se encargó de conducir esta columna é hizo su salida el 27 á la cabeza de mil quinientos hombres. Se dirigió á Algeciras, donde permaneció hasta el 7 de Feboero, y habiendo recibido de Gibraltar algunos socorros, quiso restituirse á la isla de Leon. No lo hizo porque encontró el camino interceptado por los realistas; y así, despues de algunos dias de indecision, resolvió ir á Málaga, creyendo ser allí bien recibido. O'Donnell (José) no pudo impedirle en el encuentro que con él tuvo el 17; pero Riego no halló la acogida que se habia imaginado. Salió batiéndose en las calles con los enemigos y tomó el camino de Córdoba. En Moron so stuvoun encuentro victorioso; pero cuando entró en aquella ciudad el 7 de Marzo la fatiga y la desercion habian reducido la columna á trescientos individuos. Este puñado de hombres atravesó una poblacion de cuarenta mil almas sin oír un grito enemigo, recibió víveres, imprimió proclamas y se alojó en el convento de San Pablo sin oposicion ninguna; pero tambien sin demostracion alguna pública de simpatía. Salieron de allí sin saber qué rumbo tomar; la incertidumbre aumentó la desercion; y el 11 de Marzo los cuarenta y cinco hombres á que se reducía la columna propagandista de Riego se separaron de él en las montañas de Extremadura para dispersarse.

Los que habian quedado en la Isla no estaban ménos abatidos con la incesante fatiga y la indiferencia que en derredor de sí observaban. Algunos dias más, y la insurreccion militar de las Cabezas de San Juan quizá se deshace por sí misma: el pueblo llegó á salvarla.

La Coruña el 21 de Febrero, y en breve el Ferrol, Vigo y toda Galicia repite el grito de Riego, haciendo huir á Castilla, casi sin disparar un tiro, al teniente general conde de San Roman con mayores fuerzas: Asturias, propa-

ga el fuego rápidamente: Zaragoza se pronuncia con las autoridades á su frente: en Barcelona el pueblo y la guarnicion unidos hacen que Castaños acceda á la proclamacion del código de Cádiz y al nombramiento de autoridades constitucionales: el mismo dia se sublevaba la guarnicion de Pamplona, de acuerdo con Mina, que entró inmediatamente electrizando con su presencia la poblacion: el mismo dia tambien debia Cádiz reproducir aquel eco: pero el general Freyre, que habia consentido en ello el anterior, en vez de una proclamacion solemne y pacífica, celebró un asesinato pérfido contra la inerme mu hedumbre.

Reunida desde muy temprano en la plaza de San Antonio, esperaba confiadamente el cumplimiento de la promesa empeñada, cuando de repente hácia medio dia desemboca el regimiento de guías haciendo fuego sobre la apiñada multitud, la dispersa á los gritos de *Viva el rey absoluto, abajo los constitucionales*, y la persigue por las calles acuchillando á cuantos halla, sin perdonar al anciano, al niño, ni á la mujer. La soldadesca desbordada penetra en las casas y comete toda clase de excesos, sin que nadie cuide de refrenarla. La noche solamente desarma el brazo de los bárbaros, y oculta todos los horrores de aquel dia de luto y de atroz alevosía. «Solo hácia el anoecer, decia el mismo Freyre al dia siguiente en su arte al gobierno, fué posible contener el celo de los leales soldados.» Y el general Campana daba en nombre del rey «gracias á los oficiales y todos los individuos de la guarnicion por su brillante conducta militar» asesinando cobardemente á tantos inocentes é indefensos:

Pareció más inicua aquella maldad cuando á los dos dias llegó una orden del rey mandando á las tropas prestar el juramento á la Constitucion de 1812. He aquí de qué manera se vió obligada la córte á ceder. Cuando notó á principios de Diciembre del año anterior, los indicios del descontento público, creyó que bastaria alguna manifestacion en sentido liberal para contenerlo, y anunció la formacion de un nuevo código criminal aboliendo la confiscacion de bienes, la trascendencia de infamia á los hijos por delitos del padre, la fácil admi-



sion de pruebas equívocas falibles, los tormentos, etc. Esto no podia ya detener á los conspiradores, y cuando llegó á Madrid la noticia del pronunciamiento de Riego, confiados todavía los consejeros de Fernando en la fuerza de las bayonetas, reunieron tropas y las mandaron á sofocarlo. Pero al saber que Galicia Asturias y las demas provincias repetian el grito de las Cabezas, desconcertados y llenos de pavor anunciaron nuevas reformas y el propósito de seguir una senda de justicia, llegando el 6 de Marzo á ofrecer la reunion de Córtes. Mas era tarde ya, y acabaron de anonadarse con lo que para salvarse intentaron.

A pesar de la justa desconfianza que inspiraba á uno y otro bando el conde del Abisbal le comisionaron los atribulados consejeros para dirigirse á varios cuerpos y restituirlos á la obediencia. Partió en efecto el conde; pero á las nueve leguas de la córte, en Ocaña, se presenta al frente del regimiento Imperial Alejandro, que mandaba uno de sus hermanos, lo arenga y le hace proclamar la Constitucion de 1812.

La proximidad de este suceso, al paso que sumerge en profundo estupor á la córte, aliena á sus enemigos, y se manifiesta al fin tambien en Madrid la sorda fermentacion que hacia dos meses lo agitaba. Reúnense multitud de liberales en la Puerta del Sol y sus inmediaciones, que no se satisfacen ya con las promesas de los dias anteriores; una diputacion se presenta en palacio pidiendo al rey que jure la constitucion de Cádiz; y él, informado del estado de la guarnicion y del pueblo, firma en el acto este decreto: «Para evitar las dilaciones que pudieran tener lugar por las dudas que al Consejo ocurrieren en la ejecucion de mi decreto de ayer para la inmediata convocacion de córtes, y siendo la voluntad general del pueblo, me he decidido á jurar la Constitucion promulgada por las Córtes generales y extraordinarias en el año de 1812» (9 de Marzo). Satisfechos los comisionados se restituyen á la multitud, la cual entretanto habia ido á la plaza del Ayuntamiento y nombrado otro segun lo que prevenia la Constitucion, cuyos alcaldes, pasando á palacio, recogieron del rey la segu-

ridad de la solemne promesa que acababa de hacer por escrito. Sin embargo, se nombró en seguida una junta consultiva para sustituirla ministerio mientras éste no se reorganizaba, toda compuesta de personas de la confianza del público. Así terminó el tumulto, sin una gota de sangre, sin una lágrima ni el menor daño. Las únicas escenas que pudieron inspirar recelos fueron las del derribo de las puertas de la Inquisicion; pero no hizo más el pueblo que poner en libertad á los presos en sus calabozos, y destruir los apremios y demas tormentos que para afrenta del siglo se encontraron todavía.

De esta manera tambien quedó consumada la primera trasformacion política á que se ha aplicado entre nosotros el nombre de *revolucion* para denigrarla. Verdaderamente la revolucion es un drama que se está desenvolviendo en la escena del mundo desde que él existe. No hablaremos de esa gran revolucion embrional del Oriente que encontramos en los libros sagrados; pero, viniendo á la historia profana, y sólo á la historia moderna, ¿qué es la irrupcion de los bárbaros á que deben su existencia las naciones modernas? ¿qué son las luchas de los pueblos en la edad media con sus tiranos domésticos? ¿qué son las contiendas entre los señores y sus disputas con los reyes? ¿qué es la destruccion de los pequeños reinos para constituir otro mayor, unas veces por enlace, otras mediante concesiones de fueros y libertades? ¿qué es esa misma guerra de la independencia durante la cual se plantaron los cimientos de nuestra regeneracion? ¿qué es todo eso y cuanto en el mundo pasa sino episodios revolucionarios, dependientes los unos de los otros, accidentes de grandes revoluciones cuyo origen se esconde á veces en el seno de remotos siglos?

La revolucion no es de ayer. Si se quiere aplicar ese nombre á las trasformaciones en que interviene la fuerza, examinense atentamente la historia, y se verá que no se ha verificado nunca algun hecho importante sin su concurso, porque la resistencia de la conservacion es tan natural como el impulso agresivo de la ley del progreso. ¿Las religiones no han ocasionado las guerras más crueles que han devastado la tier-